do aquello que deja atrás al individuo para tocar la vida social. Sería histórico toda acción individual que trasciende a su autor y llega a formar parte de una herencia social. Una vez más, la historia se nos presenta como una ciencia de acciones que puede ser vista como una ciencia de procesos, es cierto, pero de procesos humanos o eminentemente humanizados.

¿Si son las acciones humanas las que constituyen el principio y fin de las ciencias históricas, se está queriendo decir que la totalidad de ellas, que la vida y los hechos de los hombres de todos los tiempos constituyen el material sobre el cual debe versar la historia? ¿De existir una limitación en la suma del material histórico, en base a qué normas, método o criterio se puede efectuar una selección?

Sin importar de qué tipos sean o hacia qué direcciones apunte la historiografía, podemos destacar un hecho concreto: el número de acciones y sucesos con que puede contar un investigador puede ser considerado como inagotable e infinito. Haciéndose imposible en una investigación, por más meticulosa y laboriosa que pueda ser, pretender agotar el conocimiento del suceso histórico que se pretende desentrañar y conocer. Dejando de lado el hecho de la radical imposibilidad que presenta el conocimiento de muchos acontecimientos por carencia del material histórico necesario e indispensable para toda investigación, —hecho que nos muestra como en el primigenio substrato de la historiografía puede obrar el azar, sobre este tema tendremos ocasión de volver más adelante—, y quedándonos en el caso bien frecuente y común de la existencia de un material historiográfico conocido y comprobado, nos damos cuenta que todo él no tiene el mismo valor, que no siempre puede ser considerado como veraz, a pesar de mentar un hecho real. El investigador se encuentra con una multitud de sucesos, con todas unas colecciones de material historiográfico que puede y debe ser dejado de lado. Y esto plantea un problema fundamental: "*¿cuáles entre los sucesos de que tenemos noticias, pueden considerarse realmente como históricos?*".[16] La pregunta formulada por Meyer bien puede transformarse y hacernos cuestión sobre el criterio de selección del material histórico.

16. Meyer, *op. cit.*, p. 34. El subrayado es nuestro.

Recordemos lo que hace un momento señalábamos: el historiador tiene la posibilidad de aprehender su objeto en relación consigo mismo, pensando en sí mismo, como hombre de un determinado momento que vive y ocupa un lugar en una sociedad determinada. Se enfrenta al suceso, lo recrea y le aplica su sello, explicándose y explicando el presente de su sociedad por intermedio de unos acontecimientos pasados. Si esto es así, el criterio de selección del material histórico corresponde al interés histórico del presente, manifestado por intermedio de los intereses personales del estudioso. Citemos una vez más las ideas de un reconocido historiador: "los campos o los que se proyecten en mayor medida el interés (el del investigador) dependerán de la orientación del tiempo en que vivimos: unas veces se destaca este aspecto y otras veces aquel... No existe, en este punto, ninguna norma absoluta... este interés puede recaer tanto sobre un individuo como sobre una colectividad, sobre un pueblo, un estado, una cultura; pero, históricamente, ninguno de estos objetos interesa pura y exclusivamente por sí mismo, sencillamente porque exista o haya existido alguna vez, sino por su carácter relevante."[17] Lo que este historiador está tratando de hacer notorio es el hecho de que en su disciplina de estudio no se trata de mostrar lo exclusivamente genérico, lo que es común a hombres de variadas y diferentes épocas, lo que se ha convertido en el acervo de toda la humanidad o lo que mientan maneras comunes de actuar y que no son peculiares de un determinado momento o de una determinada cultura. Lo que se está queriendo mostrar es *lo relevante*, para emplear la terminología de Meyer, es decir, lo característico, lo singular, o, mejor, lo específicamente singular, lo que distingue un suceso de otros, lo que diferencia una institución de otra semejante o análogas a ellas. El historiador considera al suceso que se ha hecho cuestión no como miembro de una familia, de una clase, sino como algo que posee el suficiente número de notas para poder ser visto en sí mismo y por sí mismo. Pero si el historiador, el historiógrafo, busca y ve en los sucesos históricos su mismidad, lo hace dándose cuenta que lo que caracteriza a los sucesos, lo que los hace cobrar importancia y lo que hace *útil* a la disciplina intelectual que versa sobre ellos, es la multiplicidad y duración de efectos producidos, la intensidad

17. Meyer, *op. cit.*, pp. 34-35.

Biblioteca Central
Magna Solidaridad

de la repercusión que el suceso histórico posee en el espacio y en el tiempo. Nos interesa un hecho acaecido en el pasado no sólo por él mismo, sino por la carga de humanidad que nos está haciendo patente, por las influencias que de él podemos encontrar en nuestro presente, por las explicaciones que de él podemos obtener para comprendernos como hombres y como miembros de una colectividad, como herederos de la vida y la acción de otros hombres. Si bien es cierto que las acciones humanas son el principio y el fin de la historia, también lo es que no todas las acciones o instituciones humanas pueden ser consideradas como mentando o como constituyendo hechos históricos. No todas tienen la posibilidad de hacerse trascendentes. Y es en última instancia el historiador quien escoge, de acuerdo con su momento, cuáles de estas instituciones y acciones merecen ser historiadas. La consideración histórica es la que convierte a una, o algunas, de las numerosas, variadas y múltiples acciones humanas en acontecimientos y sucesos concretos. Y lo hace destacándolas, dándoles relevancia y prestancia. Haciéndolas ejemplar, en los dos sentidos de la palabra, de la masa infinita de los hechos producidos en un mismo momento y con un sentido semejante. Todo ello en función del presente del historiógrafo, entendiendo por tal su individualidad y el impacto de la gama de intereses y posiciones espirituales y materiales que se entrecruzan, encuentran y le constituyen su mundo, su época.

En las primeras páginas de este capítulo nos habíamos planteado el problema, que le dio origen, de la distinción existente entre un suceso histórico y un hecho intrascendente acaecido en el pasado y la posibilidad existente de un cambio de potencia entre los dos factores de la distinción. Parece ser que ya contamos con el material suficiente para llegar a obtener una respuesta más o menos clarificadora y adecuada:

Es histórico todo hecho, suceso o proceso que produzca un impacto, que sea trascendente, pero teniendo en cuenta una doble peculiaridad: 1. Trascendente en un sentido témporo-espacial y mostrando una acción continua, es decir, en el sentido de una supervivencia más o menos continua y no sólo fácilmente reconocible en la actualidad, sino reconocida como tal en otros momentos y circunstancias históricas. Tal es el caso de la trascendencia e in-

fluencia en la vida histórica de las sociedades de las llamadas religiones superiores, o la influencia y trascendencia de ciertas actitudes vitales ejemplificadas en y con las figuras de ciertos reformadores: Jesucristo, Buda, Lutero, Bolívar y Lenín.

2. Trascendencia discontinua, producto de las necesidades momentáneas de una determinada sociedad o parte de ella, de una clase. Es en este segundo significado donde se hace más patente la intervención de la subjetividad creadora del historiógrafo. Estamos en el campo de la re-invención, re-creación, o re-vitalización de la historia. Como ejemplo podemos volver a traer la ya mentada historización de los fenómenos y hechos económicos o la importancia histórica que últimamente se otorga a ciertas clases sociales y la lucha que pueden presentar. Tal es el caso de la importancia que desde hace unos cuantos años se está dando en Francia al campesinado y sus relaciones sociales como factores esclarecedores de la historia. [18]

§ 7. *La iniciativa privada y la historia.*

"Se ha dicho, señala Charles Gousel, que son los grandes hombres los que hacen la historia: hay que añadir, inversamente, que es la historia la que hace a los grandes hombres" [19]. Es pues tiempo, de que veamos no ya los conceptos que se han entretejido en torno del impacto de las obras y la figura misma que las personalidades pueden presentar en la historia, sino lo que bien pudiera ser llamado "la iniciativa privada y la historia". La historia entendida como campo de acción y surgimiento de las personalidades y la influencia que ellas pudieron llegar a producir en el devenir y, por el contrario, el influjo y la acción de la historia sobre las personalidades.

18. Tal es el caso de la llamada "Historia Social" o de la "Historia de las Mentalidades", para citar sólo dos casos. Estas modalidades se pueden ejemplificar en Francia con las obras de un Marc Bloch, Lucien Febvre, o de un Charles Petit-Dutallis. Cf. Marc Bloch *La Sociedad Feudal. La Formación de Nexos de Dependencia*, ed. Albin Michel, París. Lucien Febvre, *El Problema de la Incredulidad en el Siglo XVI. La Religión de Rabeleis*, ed. Albin Michel, París. Charles Petit-Dutallis, *Las Comunidades Francesas desde sus orígenes hasta el Siglo XVIII*, ed. Albin Michel, París.

19. Charles Gousel, *Balance de la sociología francesa contemporánea*, trad. J. Ferrer, ed. América, México, 1945, p. 101.

Para Pierre Lacombe toda ciencia, sin tener en cuenta cuál, por no importarle en el caso que se plantea, debe tener la posibilidad de preveer y conocer la naturaleza del objeto a que se enfrenta, debiendo presuponer las últimas manifestaciones que pueda presentar su objeto-problema. Potencial de previsión que no es siempre el mismo, ni tiene los mismos alcances en todas y cada una de las diferentes ciencias, ya que todas ellas se encuentran supeditadas a las características propias del diferente objeto al que se enfrentan y problematizan. Así, las ciencias naturales físico-matemáticas tendrían una mayor posibilidad de previsión frente a las ciencias de la cultura y una mucho más amplia posibilidad frente a las llamadas ciencias sociales. Entre estas últimas se encuentra la historia y se destaca por la anterior característica. No sólo por la complejidad propia que presenta el estudio de la historia y de lo histórico, sino porque es en su campo donde más se hace notoria y notable la intervención e influencia de las acciones humanas. Acciones que crean o hacen surgir toda una gama de posibilidades que, por así decirlo, no sólo se entrecruzan y chocan, sino que, y por ello mismo, hacen bien difícil, si no imposible, la existencia de algo así como una previsión histórica. Las influencias que dan vida a esta nueva nota, para Lacombe esencial, de la historia no son las acciones y pasiones de todos y cada uno de los hombres. Son con definitiva exclusividad las acciones, pasiones e influencias de los grandes hombres [20]. Pero, continúa expresando nuestro autor, a pesar de todo la historia debe prevenir y preveer y no sólo mostrar lo que ha sido y lo que ha sucedido. Al preveer la historia debe poder mostrar una actitud de reserva y decirnos algo así: "Si surgen tales condiciones históricas deben presentarse y darse tales y cuales fenómenos, *salvo la acción de las grandes personalidades*, de los grandes hombres, en suma: de las personalidades".

El historiógrafo, tanto como el filósofo de la historia, tiene como meta el enfrentarse y esclarecer, en la medida de sus personales posibilidades y limitaciones, lo que del pasado interesa e importa más al hombre del presente. Y ello es, para Lacombe, el progreso, bien sea el entendido como devenir de idea o el comprendido como transformación de instituciones. Es en este campo del progreso

20. Pierre-Lacombe, *La historia considerada como ciencia*. trad. J. L. de Angelis, ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948, p. 304.

donde las personalidades encuentran su más pronto nivel de acción. El progreso no es sólo un campo de acción de las personalidades sino el inmediato resultado y la directa labor de ellas mismas, ya que "la opinión pública... es generalmente hostil al progreso". Este amplio radio de acción es el que muestra y presenta un mayor número de inconvenientes y dificultades para su esclarecimiento, análisis y estudio. Ya que el historiógrafo, al menos el de la época en que escribe Lacombe, no puede conocer por limitaciones debidas a estrechas concepciones y raquíticos medios y métodos, "la fuerza del maquinismo social". Es decir, la acción e impacto social de las personalidades. Desconocimiento que los ha llevado a concebir y admitir que una sociedad puede ser *forzada* por un hombre superior. Debiéndose admitir, para poder explicar este fenómeno aparentemente irreductible, la existencia de algo así como un *genio nacional*, responsable y causante de las acciones propias de las personalidades. así, "el gran individuo escapa a la ciencia: es una causa perturbadora" [21].

El entender a las personalidades como causas perturbadoras es lo que, cree Lacombe, ha llevado a los historiógrafos y a los teóricos de la historia a sostener la tesis de que los grandes hombres no surgen por sí mismos sino que se hacen y se transforman en y por la conducta general de las colectividades en que se desarrollan. El sostener esta tesis otra semejante no elimina ni definitiva ni parcialmente la contingencia que representan las personalidades y, para obviar el problema, suelen concluir: "que los grandes hombres no son sino los representantes de su país; ellos encarnan sus ideas y sus aspiraciones". Tesis con las que en ningún momento Lacombe se encuentra de acuerdo. Y no se hace co-partícipe de ellas por considerarlas como demasiado exclusivas y unilaterales. Ciertamente, claramente nos dice, las personalidades actúan en cierta medida como los representantes de su medio y, aún más, "como hombres universales". Pero el que esto sea así no implica el afirmar que no haya nada de personal, propio y subjetivo, en el papel que desempeñan o en el que a través de la historia nos muestran. El sostener este punto de vista no sería otra cosa que un pecar contra lo más definitivamente histórico que puede encontrarse en la historia: la evidencia de los hechos de los grandes hombres. "¡Cómo!, exclama La-

21. Lacombe, *op. cit.*, p. 206.

combe, no hay nada de esta individualidad única que se llama Juana de Arco en la labor que Juana de Arco cumple, nada de Mahoma en lo que hace Mahoma; y lógicamente nos lleva; nada de Napoleón en la epopeya del primer Imperio; Napoleón encarnando las ideas, las aspiraciones de su tiempo. Napoleón representando únicamente no se que de común... igualmente no aportando en la ejecución de los designios franceses una medida de potencial intelectual que le sea propia y que influya admiración. Se convendrá de que es duro de aceptar y, sin embargo es necesario llegar hasta ahí o la tesis se derrumba... el individuo no es nada en su destino; a su alrededor hay una conducta que lo lleva". [22]

El punto central del argumento de Lacombe en torno al espinoso problema de la historia como campo de acción de las personalidades y su influencia, se encontraría expresado en su teoría sobre la historia entendida como progreso y comprendida como ciencia. Sus argumentos se pueden reducir a uno solo de muy fácil expresión: la historia, la historiografía diríamos nosotros, debe ser una actividad científica. Pero no debe ser una ciencia especial ni tampoco una ciencia diferente, sobre todo en sus métodos y fines, al resto de las otras ciencias. Pero el que exista una determinada similitud entre la historia y las demás preocupaciones científicas no debe ni puede hacer que se la entienda de una misma manera o que se la comprenda con un estado anímico similar al que hace que se comprendan las otras ciencias. Lacombe quiere que la historia-ciencia que promulga no sólo sea en sus métodos y fines del todo semejante al resto de sus hermanas, también quiere que sus procedimientos de investigación, por ser claras manifestaciones de su método, sean en un todo semejantes a los mantenidos y sostenidos por las ciencias empíricas y naturales de fundamento matemático. De existir esta primaria igualdad podría la historia sostener y concluir tesis y afirmaciones en un todo semejantes a las que es usual se den, por ejemplo, en las ciencias llamadas exactas. Semejanza, que, como ya lo hemos visto, para Lacombe, descansa en la necesidad y posibilidad de alguna forma de previsión. Pero también es cierto que este autor se da clara cuenta, como también ya lo hemos señalado, de la imposibilidad radical de una previsión histórica semejante a la sostenida y mantenida por otra ciencia. La previsión histórica sólo podría ser relativa, sería una previsión de segundo grado, por estar fuertemente teñida por lo subjetivo, por la libertad, es decir por lo más imprevisible. Carencia de previsibilidad que no es otra cosa que el producto de la existencia en la historia de las personalidades como los principales y, en ciertas ocasiones, más decisivos motores de ella. Puesto que, también para este autor, las personalidades cumplen el papel de producir y guiar el devenir temporal de los hombres y de las colectividades produciendo por su directa acción aquel movimiento que se considera como el más característico de los que puedan darse en la trayectoria compleja y complicada que trazan las sociedades: el progreso.

22. Lacombe, *op. cit.*, p. 30.

El principal motivo por el que pudo llegar Lacombe a sostener esa modalidad en el estudio de la historia bien pudo haber provenido de la divulgada concepción de la ciencia, sobre todo de la sustentada en base y teniendo en cuenta las ciencias exactas como paradigmas a seguir en el estudio y análisis de todas y cada una de las actividades culturales, prácticas o de cualquier otro índole de los hombres. No debemos dejar pasar sin mencionar el hecho de que Lacombe escribe en una época en la que es bien notoria y aceptada la influencia del positivismo. Del cual bien pudo haber tomado los lineamientos generales de su concepción cientificista de la historia. A través de ella se nos hace bien notoria una confusión entre los variados niveles las diferentes actividades y actitudes científicas o frente a la ciencia. Es un hecho bien claro en su pensamiento el deseo de aplicar o calcar los alcances de las ciencias naturales a los logros hipotéticos de las ciencias sociales. Como en las primeras es posible una predicción, [23] debe ser o mostrarse como posible algo semejante en las segundas. Pero ya hemos tratado de mostrar cómo dentro del propio pensamiento de Lacombe se muestra la imposibilidad de existir una previsión histórica. El haberse dado cuenta de ella lo lleva a otorgar un lugar preponderante al segundo de los factores en juego: las personalidades. Presentándosele la historia real así como la no escrita, como el campo de acción casi ex-

23. Que de hecho ya se había dado y explotado, bástenos recordar una de las teorías naturales más divulgadas en aquella época: El Evolucionismo Darwiniano.

clusivo de una Juana de Arco, de un Mahoma o de un Napoleón. Como campo de operación casi exclusivo de lo más contingente, por más subjetivo e imprevisible.

La historia es ciencia, si, pero es ciencia social y, como tal, tiene sus propios procedimientos, sus peculiares maneras de enfrentarse a los hechos que o bien caen en su campo o bien se los apropia, sean ellos culturales o provenientes de un impacto científico, sean ellos guerreros o provenientes de influencias religiosas. La historia como "empresa razonada de análisis" [24], o lo que es lo mismo, como actividad científica, no tiene por qué recurrir o buscar algún tipo de previsión. Debe contentarse, y puede hacerlo, y no es poco, con la visión y comprensión de los hechos de los hombres en el pasado. La historia, su reflexión y su filosofía deben proceder como quería Hegel que procediera su Ciencia: "Al decir, aún una palabra acerca de la teoría de cómo debe ser el mundo, la filosofía, por lo demás llega siempre demasiado tarde. Como pensar del mundo surge por primera vez en el tiempo, después de que la realidad ha cumplido su proceso de formación y está realizada. Lo que el concepto enseña, la historia lo presenta, justamente, necesario... Cuando la filosofía pinta el claro oscuro, ya un aspecto de la vida ha envejecido y en la penumbra no se lo puede rejuvenecer, sino sólo conocer: el buho de Minerva inicia su vuelo al caer el crepúsculo" [25].

Consideraciones como las que hace Lacombe llevan a ver el devenir histórico como una manifestación escatológica. Así, sus consideraciones sobre la historia se nos antojan casi en un todo semejante a las consideraciones que durante la Edad Media imperaban en y sobre la historiografía. "La revelación cristiana, resume el crítico e historiador Collingwood, ofrecía una visión de toda la historia del mundo, desde su creación en el pasado hasta su fin futuro, dentro de la perspectiva, intemporal y eterna de Dios. De esta suerte, la historiografía medieval miraba hacia el fin de la historia como algo determinado por Dios y al mismo tiempo, como algo que

24. Cf. Supra. p. 9 ss.
25. Hegel, *Filosofía del derecho*, trad. A. Mendoza, ed. Claridad. Buenos Aires, 1955, p. 36.

el hombre sabía de antemano por revelación" [26]. Es comprensible que en la Edad Media se mantuvieran y sostuvieran concepciones de este tipo frente a la historia, pero es un poco fuerte el que a principios del siglo XX se les dé, o pretenda dar, un nuevo vigor. El historiador, el historiógrafo, debe enfrentarse al estudio del pasado, no tiene por qué tener en cuenta un hipotético futuro. El surgimiento de una visión futurista de la historia bien puede deberse al aislamiento y universalización de uno de sus elementos constitutivos, concibiéndoselo como un agente extratemporal y, por ello mismo, que se encuentra fuera del proceso que lo dirige y cobija. Ciertamente para Lacombe ese elemento no es la divinidad, pero lo es la ciencia. Ciencia deshumanizada, ciencia divinizada, atemporal en su concepto pero temporal en su resultado. Se concibe a la ciencia y a sus leyes como operando por sí y ante sí, sin tener en cuenta los propósitos de los hombres que las crean e integran y la función social que desempeñan en las comunidades históricas. Nos parece que en este tipo de concepciones en la historia se da una mucho mayor importancia a la estática y no a la dinámica de los acontecimientos, de los sucesos. Parece que se está atribuyendo y colocando en su segundo plano los rasgos particulares que determinan y configuran una época histórica o una secuencia de sucesos. Haciéndose descansar todo el peso del análisis en la búsqueda y elucidación de los momentos y aspectos recurrentes, sobre aquello que se considera ser igual en todo momento, en todo tiempo, y para todos los hombres. Sólo en base de estas premisas es posible imaginar la posibilidad de una previsión o predicción histórica. Para preveer es necesario consierar los *invariantes* que se han manifestado en y a través de lo sucedido o que es posible encontrar en lo acaecido. Lo que, aparentemente, puede volver a darse y encontrarse. En esta visión muerta, estática, del pasado todos los acontecimientos son individuales e intercambiables. "Físicamente" se distinguen, tienen y ocupan un lugar determinado en el tiempo, pero en su significación son iguales, son inmutables, son invariables. La historia-ciencia aparecería cumpliendo una necesidad causal completamente independiente de la acción de los deseos de los hombres concretos y temporales que constituyen el origen y la finalidad, no teleológica,

26. Robin G. Collingwood, *La idea de la historia*, trad. E. O'Gorman y J. Hernández, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1952, p. 20.

de la historia y de su estudio. La causalidad, puesto que en cierta medida, previsión y causalidad se unen, a lo menos en posiciones escatológicas y en ciertas modernas teorías sociológicas, que puede y debe presentar la historia es la que se puede dar y encontrar en la efectividad de su pleno desenvolvimiento y desarrollo y no la que puede provenir de alguna clase de imposición, sin importar cuál sea, de qué tipo sea o en función de qué intereses se encuentre.

Henri Beer, pensador mucho más cercano a nosotros, a lo menos en lo que hace a las fechas, sostiene frente a los problemas que preocupaban a Lacombe un punto de vista si no radicalmente opuesto por lo menos muy superficialmente emparentado. Diferencias que sobre todo se hacen notables en su concepción de la historia y de la historiografía como *síntesis científica.* [27] Para Beer, la historia, considerada como una síntesis de los logros de las diferentes manifestaciones de las ciencias sociales, puede tener, en cierta manera, algún tipo de previsión. Previsión que entra en juego en la historia en la medida en que forma parte de ella y de su estudio el desenvolvimiento de las individualidades, de las personalidades. La previsión que encuentra Beer en la historia sintético-científica es bien diferente a aquella que en la historia-ciencia encontraba Lacombe. Este nuevo tipo de previsión, por depender de la existencia de las personalidades, es previsión, o mejor, anticipación de hechos psíquicos. Así, encontramos una fuerte y radical diferencia en las concepciones de estos dos autores: para Lacombe las personalidades introducen una carga de anarquía en la historia. La intervención de lo subjetivo dá al traste con las preocupaciones científicas frente a lo histórico. Beer, claramente sostiene un punto de vista totalmente antagónico: son las personalidades, entendidas como entidades subjetivas e introductoras de subjetividad, quienes hacen posible una previsión de hechos psíquicos. Que es de menor importancia, ya que, si bien es cierto las personalidades ocupan un lugar indiscutible en la historia, su padecer y acción personal, subjetiva, no lo es todo en el devenir de los hombres y de las entidades: "Pero a hechos de orden personal, que están bajo la dependencia directa de la individualidad, siguen hechos exteriores al individuo, de variable número e importancia." [28]

27. No debemos olvidar que este autor es uno de los principales sostenedores de la renovación contemporánea de la ciencia histórica en Francia. Sobre todo de la que se ha efectuado a través del movimiento del cual es vocera *la Revista de síntesis histórica.*

El que exista esta posibilidad de predicción, con todas las limitaciones que pueda tener y que pueda otorgar este autor, muestra al unirse y hacerse una con los llamados hechos exteriores, la existencia concreta en la historia, y con nuestra terminología, de individuos y personalidades, de acontecimientos contingentes y de sucesos. Además, esta previsión psíquica podría llevar al historiógrafo no sólo hacia una más completa comprensión de las más íntimas motivaciones del individuo histórico y, con ello y por ello, a una mejor, aunque no definitiva, elucidación de esos hechos exteriores que la personalidad histórica debe tener en cuenta y debería, en el mejor de los casos, poder modificar o tratar de hacerlo. Así pues, la relativa y limitada previsión y su conjunción con la amplia gama de factores externos a la personalidad que el historiador se hace cuestión mostraría, según Beer, como uno de los factores más importantes, sino el definitivo, de la labor concreta de las personalidades reales en su *influencia.* Una de las grandes metas de todo historiógrafo y de toda actividad histórica que quiera ser consciente y coherente consigo misma es el estudiar, analizar y definir el alcance y la amplitud de la influencia propia que presentan las personalidades a través y por intermedio de su vida y acción sobre esos factores que Beer llama externos.

No es éste el único pensador de la historia que cree que la importancia de las personalidades o, lo que viene a ser lo mismo, que la acción histórica que puedan presentar, debe ser entendida en términos relativos a su inflencia real o ideal sobre los sucesos concretos de un momento histórico determinado, o sobre el devenir parcial o global de una sociedad. Ya que, por ejemplo, se debería, al seguir esta línea de pensamiento en una labor concreta de historiógrafo, al estudiar y analizar una personalidad tal como Napoleón, rastrear su influencia militar y política en la Europa de su época y mostrar la influencia que instituciones como el "Código Napoleónico" muestran al crear, o al reflejar, una nueva manera

28. Henri-Beer, *La síntesis en historia,* ed. Albin Michel, 2 ed., París, 1953, p. 76.

de ser social, una nueva manera de relacionarse el individuo y la sociedad, una nueva manera de enfrentarse a la vida que, hoy, se nos presenta como histórica.[29]

Friedrich Meinecke, pensador colocado en una posición filosófica que poco tiene que ver con las anteriores, en cierta manera coincide con ellos al destacar como principal fuente de acción de las personalidades la influencia directa en y sobre los acontecimientos que en sus vidas o durante ellas se han producido. Y, en cierta medida, hace suya la concepción de las personalidades como introductoras de un elemento de imprevisibilidad en la historia. Por ello adquiriría esta ciencia que es la historia unas notas y unas peculiaridades propias bastante lejanas de las que se pretenden alcanzar, o alcanzan, las ciencias universalistas de fundamento natural o físico-matemático. "Las *personalidades conductoras*, escribe Meinecke al revisar la filosofía de la historia de Vico, y las guerras son las que prestan, en primer lugar al proceso histórico su patente

29. Hablamos en este párrafo de una influencia ideal, con ello nos referimos y queremos dar a entender que no debe restringirse el estudio de las personalidades, de no importa cuál de sus facetas y manifestaciones, al campo de las personalidades y actuaciones concretas, al campo de las personalidades con un claro pasado y con una clara acción en el pasado. Su estudio debería ampliarse hasta llegar a cobijar a las llamadas personalidades ideales, a las personalidades sin un clara y definida existencia histórica, a aquellas que bien pudiéréamos llamar "personalidades míticas". Podemos poner en duda o descartar su existencia real pero no podemos dejar de ver su "influencia ideal" en la existencia, transformación y evolución de algunas de las más características instituciones sociales de las culturas humanas, sean estas históricas o no, sean primitivas o se encuentren en un elevado período de vida cultural. "No nos interesa particularmente ver, escribe un psicólogo contemporáneo, si en realidad vivieron Rip van Winkle, Kamaru-s-Semán o Jesucristo. Sus *historias son las que nos interesan* y éstas están tan ampliamente distribuídas por el mundo, unidas a diferentes héroes de diferentes países, que el problema de si es o no histórico, vivo, este u el otro aportador local del tema universal sólo puede tener una importancia secundaria. El subrayar este elemento histórico llevaría solamente a la confusión, y serviría para ofuscar el mensaje de la imagen". (Joseph Cambell, *El héroe de las mil caras*, trad. L.J. Hernández, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 211.). Si bien reconocemos la importancia y la realidad de esta modalidad de la personalidad y de su estudio, aunque no estamos totalmente de acuerdo con la un tanto exagerada presentación de Campbell, debemos no darle mayor importancia, ya que de hacerlo nos veríamos obligados a tocar y adentrarnos en problemas que nos alejarían de los lineamientos trazados desde un comienzo.

carácter de peculiaridad e *imprevisibilidad*, que lo hacen *imposible de ser captado con leyes de carácter universal*".[30] Aquí pues, también, se encuentra claramente expresada la idea de que con las personalidades y su influencia entra en la historia un nuevo factor que si bien no es definitivo, es por lo menos, un elemento que puede caracterizar eso que llamamos historia y que, además de caracterizarla, la convierte en una ciencia diferente de las otras, pero emparentada con las llamadas ciencias sociales. A diferencia de Beer, Meinecke no atribuye todo el peso de esta nueva caracterización a las personalidades, hace que ella surja de la unión de las iniciativas de los conductores y las catástrofes bélicas. Guerras que, en la gran mayoría de las ocasiones y situaciones escapan al influjo de las personalidades aunque éstas sean sus conductores y aparentes creadores, abriendo nuevos caminos al desarrollo de la "evolución general". Evolución de la sociedad, marcha hacia ella, deseo de alcanzarla por apropiación o usufructo contribuyen a crear el más propicio campo de acción para la actuación de las personalidades, sin importar a qué orden o nivel pertenezcan, sin tener en cuenta el que sean militares, culturales o religiosas.

Según Meinecke lo que define a las personalidades no es la posible influencia que puedan haber mostrado o desarrollado, como tampoco lo es la "llamada" que puedan hacer emanar de su figura o por intermedio de su acción. Las personalidades logran adquirir un relevante lugar y una gran importancia en la vida de las sociedades de acuerdo con la labor efectiva que cada una de ellas logre mostrar. Por el poder que pueden desempeñar en un trazar nuevas rutas a los hombres y a las colectividades y así abrir nuevas metas a la historia. No es pues la influencia, sino la acción efectiva. No es lo que pueden haber hecho o hayan deseado hacer, sino la labor cumplida lo que define a un conductor y lo convierte en una personalidad notoria y notable.

Las ideas de Meinecke en torno a las personalidades pueden, en cierta medida, aparecer como el caso típico de quienes analizan a la historia desde un doble punto de vista: desde un aspecto in-

30. Friederich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, trad. J. Mingorro y T. Muñoz, Fondo de Cultura Económica, México, 1943, p. 62. El subrayado es nuestro.